

Notas para la Historia de la Industria Argentina

(cuarta parte)

Los artículos que componen esta serie pueden consultarse en <http://www.edutecne.utn.edu.ar/historia-industria/hist-ind.html>



Autora:
Dra. Alicia Angélica Malatesta.
(amalatesta@arnet.com.ar)

La industrialización sustitutiva

Desde los últimos años de la década de 1950 tiene lugar en nuestro país el despliegue de la denominada última fase de la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), que se extiende hasta el golpe militar que estalla el 24 de marzo de 1976. En este tramo de la evolución industrial argentina, el actor más importante lo constituye el conjunto de empresas transnacionales (ET) centradas en los sectores capital-intensivos y en los rubros manufactureros que comprenden las denominadas “industrias dinámicas”, también caracterizados por sus modernos métodos de producción.

No obstante, a lo largo de esos años es posible reconocer ciertas sub-etapas que manifiestan rasgos propios; en la presente contribución analizamos la primera de ellas, que llega hasta mediados de los años 60.

Marco institucional - político

A raíz de la revolución del 16 de septiembre de 1955 que destituye de la Presidencia al Gral. Juan Domingo Perón, la vida política e institucional del país resulta fuertemente alterada. El Gral. Eduardo Lonardi, jefe de la sublevación armada, ejerce el poder por un breve lapso e inicia el reordenamien-

to general de acuerdo con las pautas surgidas del movimiento revolucionario; entre ellas puede mencionarse la suspensión de la vigencia del segundo Plan Quinquenal. Lo sucede el Gral. Pedro Eugenio Aramburu quien, a lo largo de su mandato, aprueba la vinculación del país con los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Club de París), la desarticulación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), y un conjunto de disposiciones tendientes a debilitar tanto el poder de los sindicatos cuanto al propio justicialismo; todo ello destinado a hacer desaparecer el denominado "Estado Peronista".

Es posible aseverar que de tal modo se pone fin a la etapa originada a comienzos de la década del 40, caracterizada por un creciente intervencionismo del poder público en las actividades productivas y una fuerte injerencia estatal a través de políticas de planificación y control. En suma, finaliza un Estado designado como benefactor en los años correspondientes al primero y segundo gobierno peronista.

A partir de entonces y bajo las distintas administraciones de diferentes signos políticos, las acciones destinadas a promover el crecimiento económico giran en torno a cuatro tipos de medidas con las que se pretende atacar el estanca-

miento y la crónica inflación: los planes de estabilización, las devaluaciones, las inversiones extranjeras y los empréstitos externos. De hecho, las disposiciones que se aprueban resultan de las dos líneas de pensamiento que se alternan en su predominio en el poder: el nacionalismo y el liberalismo.

“Ya desde el comienzo de los años 50 se inicia un replanteo en el proceso industrial de nuestro país en el que la entrada de tecnología y de inversiones directas provenientes de empresas internacionales es visualizada como el camino hacia la obtención de las maquinarias y de las divisas necesarias para proseguir con la producción fabril”

Nuevas elecciones

El retorno a la vigencia de las instituciones republicanas se produce en el año 1958 cuando asume el presidente electo Arturo Frondizi, perteneciente a la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI).

Sin embargo, en tal época la vida política e institucional argentina dista mucho de reflejar la completa voluntad del electorado, pues gran parte de éste se encuentra impedido de ejercer sus derechos políticos a raíz de la proscripción del peronismo ordenada en tiempos del Gral. Aramburu. En consecuencia, a lo largo de la década de 1960 el proceso democrático exhibe graves revueltas y atraviesa significativos momentos críticos que dan lugar a la denominada alternancia cívico-militar, esto es, la sucesión de gobiernos militares de facto y gobiernos elegidos por la ciudadanía. De tal manera, las alteraciones institucionales demuestran la debilidad que posee el sistema republicano en nuestro país y, como resulta claramente comprensible, todo quiebre en la vida de las instituciones de gobierno incide de modo notable en la formulación y ejecución de las políticas de Estado, y en la producción en su conjunto.

El desarrollismo y la industria

A partir de mayo de 1958 el presidente Arturo Frondizi pone en marcha un nuevo y ambicioso programa económico sustentado en el desarrollismo, cuya filosofía puede resumirse en la afirmación de que la exportación de materias pri-

mas no alcanza por sí misma para posibilitar el crecimiento económico y que, por tanto, es imperioso modificar la dependencia de nuestro país de la importación de materiales esenciales tales como acero, productos químicos y combustibles. En consecuencia, como medio para acelerar la sustitución de importaciones, resulta prioritario orientar la producción fabril hasta alcanzar una plena economía industrial integrada, en donde los sectores de combustibles, energía y ramas dinámicas ocupen la escena productiva con un adecuado desarrollo tecnológico. De igual manera, desde el gobierno se apunta a fomentar tanto la fabricación de automóviles y camiones como así también la creación de una red de rutas que interconecte las distintas regiones del país. Para lograr tales metas se estima imprescindible facilitar y promover las inversiones externas, y para tal fin se aprueba la ley N° 14.780 que brinda a los capitales extranjeros igual trato que a los locales y libera la transferencia al exterior de las utilidades de las empresas internacionales.

De ese modo, en el desarrollo de la actividad industrial tiene lugar la ocupación de los denominados “casilleros vacíos” de la producción de bienes de consumo durables (en particular, los sectores automotriz y de electrodomésticos), los bienes e insumos



intermedios (las ramas química y petrolera) que se erigen en el motor del crecimiento y, en menor proporción, los bienes de capital y equipos.

Como hemos descripto en la tercera parte de estas Notas (ver TU&E N° 25, págs. 17 a 22), ya desde el comienzo de los años 50 se inicia un replanteo en el proceso industrial de nuestro país, en el cual la entrada de tecnología y de inversiones directas provenientes de empresas internacionales se visualiza como el camino hacia la obtención de las maquinarias y divisas necesarias para proseguir con la producción fabril. Así se intenta revivir la experiencia que atravesara la República Argentina hasta la tercera década del siglo XX, en donde el ingreso de las inversiones externas en los rubros productivos es ponderada como de gran incidencia positiva.

Marco internacional

Por otra parte, cabe destacar que la decisión política en torno a la necesaria intervención del capital foráneo coincide con el propio interés que demuestran las empresas extranjeras, dado que la propuesta coyuntural de crecimiento que éstas elaboran se basa en la expansión de sus filiales en distintos países. La particular estrategia e intenciones predominantes en las firmas fabriles externas permite afirmar que esta sub-etapa podría rotularse como de “industrialización por desborde” de las empresas externas de su mercado local. Al respecto, no debe perderse de vista la notable hegemonía económica que ejercen los Estados Unidos y su vigorosa expansión de capitales a través de la radicación de filiales industriales en países periféricos.

De tal manera, desde el plano internacional la propuesta desarrollista resulta alimentada por la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso concebida en los EE.UU. y que, bajo la especial combinación de industrialización y seguridad hemisférica, se traduce en ayuda técnica y financiera a los países latinoamericanos para que se encaminen en la solución de sus problemáticas económico-sociales y se alejen de la senda revolucionaria que emprende Cuba en esa época.

Inicios de los años 60

En nuestro país, desde fines de los años 50 y a lo largo de la década de 1960 la marcada aceleración de la actividad fabril se traduce en la puesta en marcha de un gran número de proyectos empresarios en las ramas básicas, en la liberación de las importaciones de maquinarias y equipos (que

permite incorporar modernas tecnologías a las plantas en funcionamiento), en la expansión de la demanda, y en el crecimiento del empleo, la inversión y el producto industrial. De igual modo, tiene lugar una alta inversión pública en infraestructura, particularmente en rubros como el transporte, la energía y las comunicaciones.

La situación descripta provoca una significativa movilidad en el tejido social debido al impacto positivo ocasionado en las condiciones de vida de los trabajadores por el comportamiento de los salarios —especialmente en los sectores industriales—, en gran parte derivado del poder de negociación de los sindicatos que reúnen a los asalariados de las ramas fabriles líderes.

Por ello y en función de lo señalado, la profundización del proceso de sustitución de importaciones posee un matiz diferente al anterior período, pues se intensifica la penetración extranjera en la economía

nacional, lo que impulsa al mismo tiempo el comportamiento de los rubros industriales de vanguardia.

Uno de los logros más visibles de las acciones emprendidas lo constituye el

crecimiento alcanzado en la producción petrolera y energética. El déficit de electricidad en Buenos Aires se supera luego de la creación de S.E.G.B.A. (Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires), el logro de financiamiento para la construcción de una usina en Dock Sud y la planificación de la represa El Chocón. De igual modo, el inicio de la actividad en la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (S.O.M.I.S.A.), primera planta integrada para la producción de acero en nuestro país bajo la gestión estatal, logra aumentar la producción siderúrgica. Además, tiene lugar el incremento de la actividad petroquímica y de la industria cementera.

En ese positivo ritmo productivo sobresale el veloz incremento del sector automotriz, que no sólo triplica su actividad en tan sólo tres años sino que moviliza además nuevas inversiones extranjeras. La fabricación de automóviles lidera a lo largo de estos años la producción industrial y se convierte en un importante factor de arrastre al promover, por un lado, la instalación de un gran número de empresas destinadas a la elaboración de partes y repuestos y, por el otro, el arraigo de compañías de alta incidencia en la marcha de las ramas química, petrolera y de neumáticos, como así también en la extensión vial.



Problemáticas persistentes

La transferencia al exterior de las utilidades de las empresas transnacionales, y asimismo el pago de regalías por la adquisición de tecnología y la importación de equipos y maquinarias, minimizan la incidencia positiva real de estas firmas en cuanto al aporte neto de divisas provenientes del extranjero.

Por otra parte, la situación económica general por la que atraviesa el país no logra corregir las distorsiones existentes y exhibe graves problemáticas tales como la acción oligopólica o monopolista —según los sectores— del capital industrial externo, que acentúa antiguas falencias del proceso productivo y la recurrente presencia de la inflación. De igual manera, la localización preferencial de estas filiales en la zona portuaria y costera ahonda la dualidad espacial litoral-interior.

Simultáneamente, la escala de producción de las industrias dinámicas —en particular, la fabricación de automóviles— al operar en un mercado protegido caracterizado por facilitar importantes incentivos para la radicación industrial, impone una inadecuada relación calidad-precio y se aleja de las condiciones necesarias para la exportación. Claro está que la marcada orientación al mercado interno no es una nota



generada en este período sino, por el contrario, conforma un rasgo distintivo de la industria de nuestro país a lo largo muchos años. Sin embargo, durante el desarrollismo podría haberse avanzado en la concreción de un sesgo más competitivo en los mercados internacionales y, al mismo tiempo, obtener las divisas necesarias para hacer frente a la importación de diversos insumos aplicados en las distintas producciones, en especial de automóviles.

Por otra parte, en la actividad

industrial también se reconoce una separación en dos sectores bien delimitados. Uno de ellos vinculado al capital internacional, que se presenta moderno, eficiente y de creciente productividad. Otro registra un conjunto de empresas que se encuentran subordinadas al anterior y que, por no contar con los recursos financieros necesarios, permanecen sin posibilidades reales de desarrollarse y competir con aquél.

Ciertamente, muchas firmas argentinas se vieron favoreci-

das a lo largo de esta fase al participar como abastecedoras de las plantas de origen externo y, por lo tanto, demuestran un desenvolvimiento positivo. También resulta significativo el desempeño de las fábricas dedicadas a los sectores considerados modernos, tales como el metal-mecánico, químico y de maquinarias, que apuestan a nuevos modos de operar. Al respecto, no debe soslayarse que los rubros mencionados producen en un mercado alejado de la competitividad externa y obtienen beneficios al gozar de la protección generada por el Estado.

De ese modo, si bien la industria argentina demuestra crecimiento y diversificación a lo largo de los años, a mediados de la década del 60 el tejido industrial en su conjunto exhibe cierta debilidad. Ésta se manifiesta en la ausencia de un sesgo exportador orientado a la competencia industrial internacional, en la vigencia de la atención preferencial de la producción fabril a un mercado

interno reducido, y en los paradigmas tecnológico y productivo aplicados, que se inclinan más a la réplica que a la creación independiente. Todo esto, enmarcado en la continua inestabilidad institucional y en una economía inflacionaria, deviene en una industria nacional en la que prevalece una lógica alejada de la competitividad externa. Así, el cre-

“Si bien la industria argentina a lo largo de los años demuestra crecimiento y diversificación, a mediados de la década del 60, el tejido industrial en su conjunto exhibe cierta debilidad”

cimiento experimentado muestra aristas problemáticas y el modelo sustitutivo ingresa en una fase de agotamiento por la

imposibilidad de desarrollar un sector industrial capaz de intervenir positivamente en el comercio internacional.

En consecuencia, tras los éxitos iniciales de la estrategia desarrollista, la economía argentina experimenta nuevamente un estrangulamiento por la necesidad de hacer frente a los crecientes pagos de la deuda externa, el encarecimiento de los costos industriales, la inflación y la puja por la distribución del ingreso. Ya en tiempos anteriores, la situación general obliga a replantear la propuesta del presidente, a la puesta en marcha de un programa de estabilización y al cumplimiento de disposiciones emanadas del Fondo Monetario Internacional.

Por último, a lo dicho se agregan los componentes políticos que alimentan la presión de los militares sobre la gestión de gobierno, hasta que el presidente es obligado a renunciar. Ante su resistencia, resulta encarcelado en la Isla Martín García en marzo de 1962. Al término del gobierno de Frondizi y bajo el resguardo aparente de la legalidad institucional, la nueva gestión recae en manos del presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, José María Guido, quien abandona los postulados del desarrollismo para aplicar medidas económicas de corte liberal hasta el fin de su mandato en 1963. ✱

(Continuará)

